

Original

RONCE.

(San Juan de Puerto Rico, Marzo 1889  
Madrid, España 1892.)

Madame Noelly, Madrid.

Mi distinguida amiga: Hay en la vida de cada hombre una palabra que en sí reúne y sintetiza sus afectos todos y su existencia entera como en la flor se re~~a~~sume y compendia todo el proceso biológico de la planta.

Cuando nos sentimos tristes, todo lo que aquella palabra representa y significa viene a unirse a nuestras tristezas; cuando alegres y contentos, en nuestro contento y en nuestra alegría palpita la palabra-símbolo y en el fondo de nuestros juveniles ensueños aparece escrita con las letras color de rosa de las ilusiones queridas.

Si analizan un poco, amiga mía, tú que para maravilla del ánimo eres aún más inteligente que hermosa-con serlo tanto- encontrarías en el fondo de todo espíritu pensador y serio la conciencia de esta íntima relación entre sus sentimientos fundamentales, si me permites la palabra.

Toda idea nueva, toda nueva impresión la relaciona el espíritu tantas veces de un modo inconsciente!- con las ideas conocidas ya por él, con las impresiones anteriormente recibidas. Así aquello que al empezar a vivir la vida de la sensibilidad y de la razón, se grabó más hondamente en cada uno, viene luego a convertirse en pie-  
dra de toque a la que lleva todo lo demás para aquilatar, si no su valor absoluto, por lo menos el valor relativo que habrá de recono-

cerle en lo venidero.

Quizás ahondando por este camino se encontraría una explicación racional y sencilla a esa "misteriosa ley de las simpatías" cuyos efectos sentimos todos, si bien en muchos casos por el atraso de nuestra cultura no acertamos a explicarnos sus causas.

Pero no es mi propósito, mi ilustre amiga, fatigar tu bondadosa atención con una divagación sobre este tema. Bástame solo recordarte el fenómeno psíquico de que hay en la vida de cada hombre una palabra, un nombre, que despierta en su alma los más dulces recuerdos del pasado y al que van unidos en íntimo consorcio las preocupaciones del momento y las inquietudes y las esperanzas de ese horizonte ilimitado que llamamos el porvenir.

† † †

Antes de regresar a Madrid, pienso volver a Ponce.

¡Ponce! ¿Quieres que te diga todo lo que esa palabra significa para mí? Pues atiende.

La primera habitación de que el recuerdo guarda la imagen; una quinta escondida entre flamboyanes de hojas de color rojo vivo y flores verdes a juzgar por la proporción en que se presentaban a la vista; la primera amiga, la palma que levanta aún su penacho por encima de las ruinas del tiempo; las calles del jardín, teatro de juegos y travesuras infantiles; la galería sombreada y perfumada por los jazmines que una madre-ángel convirtió en templo de iniciación a la vida mental, donde fueron aprendidas entre risas y besos las primeras letras; el mirador con cristales de colores, desde el cual se divisaba el río, tras los bambúes, corriendo por la pintoresca vega;

la polvorienta carretera recorrida a escape, guiando la corpulenta yegua del Canadá desde la playa al pueblo; las calles de éste, que guardan tantas impresiones de imposible enumeración y detrás, en la falda del monte Vigía, el cementerio, y en él, la tumba rodeada por una sencilla verja, los restos de los que dejaron tras sí una memoria para amarla y un ejemplo para imitarlo.

Todo eso que se presenta a la imaginación con las tintas suaves de los recuerdos amados: todo eso es Ponce.

El pueblo de las nostalgias de una larga ausencia, que se cree adivinar entre las ondulaciones de sus verdes colinas, a la luz indecisa del alba, desde la toldilla del buque y a través de las lágrimas que las emociones del regreso empujan a los ojos; el maestro venerable, cuyas canas tienen la majestad de la dirección augusta con que lleva tantos corazones a latir al unísono con el suyo, con aquel corazón inmune por la generosidad contra el curare de las flechas que la injuria y la calumnia le dirijen, con aquel corazón que palpita al daros en un estrecho abrazo su bienvenida cordial, el médico que asistió a vuestro padre en su lecho de muerte y os recibió al nacer, para depositaros en la cuna; el viejo criado honrado y fiel, cuyos hijos aprendieron a pronunciar a un tiempo su nombre y el vuestro; el camarada con quien hablabais allá lejos de vuestro país, que tuvo la suerte de volver antes y os espera para recordar con encanto aquellos días; la joven de tez pálida, con cadencia de infinita dulzura en la voz, cuya mano se estrecha con respeto sintiendo la luz de su mirada iluminar la propia frente; la amiga

Ponce - 4 -

maternal y el amigo-hermano con quienes se comparten penas y alegrías, angustias y sueños; la colmena de trabajadores que os alientan con un expresivo y cariñoso "Adelante", la ciudad donde todos ellos viven, arrullada por la melódica danza y acariciada por el aroma de las flores, y donde bajo su cielo, sin igual por su transparencia y su diafanidad, ríen y cantan, surgen y esperan: ¡Eso es Ponce!

El tema amiga mía, de nuestras conversaciones de ayer y de nuestras cartas de hoy.

Federico Degetau y González

¡Qué triste adición tengo que hacer a estas líneas! Tú, testigo del más grande de mis dolores, ya los sabes. El recuerdo evocado por la compañera del alma, la palabra pronunciada en la hora solemne de la muerte, como la expresión de amor que acompañó a sus últimas bendiciones: Eso es Ponce.

Madrid Mayo, 18 de 1893.